**COSTUMBRE**

Todos los miércoles por la tarde, desde hacía ya bastantes años, Leonardo Mendieta tenía la costumbre de tomar un baño caliente. Lo preparaba siempre con un cuidado ritual: primero abría el grifo, antes de poner el tapón, y esperaba a que el agua llegase a la temperatura adecuada. Una vez conseguida – lo ideal era que no estuviera tan ardiente como para enrojecer la piel pero sí lo suficiente como para envolver rápidamente el cuarto de baño en una agradable neblina vaporosa- vertía con cuidado sus sales aromáticas favoritas y un gel corporal artesanal justo debajo del grifo. Cuando el agua formaba ya un pequeño charco espumoso a la altura del tobillo, Leonardo se introducía en la bañera y esperaba, tumbado, a que se llenase por completo. Existía, sin embargo, un elemento fundamental que justificaba, en realidad, todos los demás: el antiguo radiocassette. Leonardo sabía que su ritual semanal de baño no era más que una excusa para escuchar su disco favorito en calma sin sentirse un completo estúpido. Toda esa escenificación íntima estaba al servicio de ese disco recopilatorio de pop italiano de los setenta. Recordaba las canciones de su adolescencia en Bonn (su padre era argentino, su madre era alemana) porque su vecina, Carmela, era de Catania, y siempre ponía esa música de fondo mientras limpiaba. La vieja cantinela habría permanecido en un lugar remoto de su memoria si no fuese porque en la fiesta posterior a un congreso académico (¿era sobre la dinastía julio-claudia o sobre la invasión visigoda?) pincharon canciones del estilo. Leonardo recuperó el disco al día siguiente y lo había integrado, desde entonces, *como costumbre*. Podría decirse, es verdad, que los jóvenes no tienen costumbres, sino *manías*: al fin y al cabo su vida ha sido demasiado corta como para poder condensar una serie de actividades repetidas bajo la dignidad de lo que, en los mayores, llamamos costumbre. Pero a pesar de no llegar todavía al ecuador de la treintena, Leonardo tiene costumbres, y en el fondo está orgulloso de haberlo conseguido en un plazo tan breve. Y la más importante de todas era el baño de los miércoles por la tarde escuchando su disco favorito en el radiocasete.

Pero este miércoles, contra lo que dicta la costumbre, *algo sucede*.

Leonardo pone en marcha el grifo. Deja que el chorro resbale entre sus dedos hasta notar que la temperatura es correcta. Le tranquiliza el sonido del agua balbuceando una letanía ininteligible. Deposita las sales y el champú en la proporción adecuada y, antes de desnudarse, coloca el radiocasete sobre un taburete y pone en marcha el disco. Conservaba aquel radiocasete desde su adolescencia y nunca se había estropeado. Le da al play y, mientras se quita la ropa tranquilamente, la pequeña estancia del cuarto de baño se inunda de música y vapor. Si respecto a la temperatura del agua Leonardo era estrictamente prudente, buscando el término medio entre polos opuestos de frío y calor, con la música no admitía moderación alguna y la ponía siempre al volumen más alto posible. Al fin y al cabo se bañaba siempre por la tarde y no corría el riesgo de molestar con el ruido a los vecinos.

Se introduce en la bañera mientras comienza a sonar una de las canciones: *lei non parla mai lei non dice mai niente.* El agua ya espumea: las burbujas simulan su propia reacción anímica, excitada por la música. Fuera, puede verlo por el pequeño ventanuco que da al exterior, empieza a llover; las gotitas pueblan impunemente el cristal, convirtiendo la ventana en una superficie moteada de pequeños charcos en caprichosa interacción. Todo marcha bien. Tumbado, el agua le cubre casi por completo los muslos, pero todavía no llega al vientre y al pecho. *Come è giusto che sia cuando la sua testa va giù.*

Muchas veces una pequeña intervención, la modificación de un detalle aparentemente pequeño, pero con importancia estructural, puede hacer que todo un sistema se precipite y colapse. Como estudioso de la caída del Imperio romano en las provincias occidentales y la transición a el Alta Edad Media (ese era el epíteto que muchas veces, la mayoría, acompañaba su nombre) Leonardo es consciente de que el desplazamiento de una parte puede modificar el todo; el problema consiste en entender el motivo de su desplazamiento en *ese momento y no en otro* sin desterrarlo a una infinita cadena causal. El caso es que, sin saber muy bien por qué, esta tarde Leonardo decide variar mínimamente su rutina. De pronto piensa que puede combinar las sales y el champú con el acondicionador afrutado que suele echarse por las mañanas: tiene ya poco pelo pero aún así - pues su trabajo de profesor universitario le obligaba a trabajar de cara al público - le gusta cuidarlo. Se levanta apoyándose con las manos en el borde de la bañera. El acondicionador se encuentra en una estantería de madera frente al bidé: puede llegar a ella estirando el brazo sin salir de la bañera si consigue inclinarse lo suficiente. Como no quiere mojar el suelo saliendo de la ducha, decide intentarlo. La música de fondo otorga a sus movimientos – un brazo tanteando un punto de apoyo, las rodillas levemente flexionadas – un aspecto coreográfico. Todo ocurre muy rápido, en el súbito fogonazo en el que suceden las calamidades: el pie izquierdo resbala, empujando a su vez al derecho. Leonardo intenta agarrarse a la cortina de la ducha, que, sin embargo, no tarda ni un segundo en ceder. Su cuerpo traza un giro arriesgado sobre sí mismo y en una combinación barroca de aspavientos para intentar mantener el equilibrio, se precipita de espaldas en la bañera. Golpe seco en la nuca. Una punzada intensa de dolor recorre su espina dorsal. Todo su campo de visión se difumina en un progresivo fundido a negro.

Abre los ojos y comprueba que no ha estado ni un minuto inconsciente porque el nivel del agua – el grifo sigue abierto- apenas ha subido. Mira a su alrededor para constatar los estragos causados por la caída: la cortina de la ducha arrancada y tendida hecha bola en el suelo, el taburete volcado y el radiocasete boca abajo, pero todavía conectado y en funcionamiento. La música a todo volumen. *Ha bisogno d’affetto e pensa che il mondo non sia solo questo*. Leonardo está sorprendentemente tranquilo, aunque levemente mareado. Pero al tratar de incorporarse nota que no es capaz. Los brazos no le obedecen. Intenta moverlos de nuevo, respirando tranquilamente, pero no sucede nada. Con un progresivo terror, Leonardo comprueba que tampoco le obedecen las piernas. Reuniendo el valor necesario para hacer un inventario sensorial de su propio cuerpo, Leonardo descubre que no hay nada que inventariar: ha perdido la sensibilidad del cuello para abajo. Solo es capaz de mover los músculos faciales y cervicales. Por debajo de la nuez, todo es opacidad nerviosa. No es la primera vez que le ocurre: de pequeño se cayó de un caballo y una leve contusión medular le dejó paralizado durante una hora.

Es difícil tener miedo: carece de la posibilidad de notar ese cosquilleo epidérmico, el ardor estomacal, la presión en el pecho. Solo es una cabeza flotante, carente de cualquier inscripción material: sin andamios, infraestructuras, soportes. Al gritar, el sonido queda eclipsado por la música estridente. *Tu mi fai girar come fossi una bambola.* Ni siquiera tiene voz. No hay interacción posible con la escena: le ha sido brutalmente impuesta la condición de espectador. Un observador callado, un elemento ambiental de un entramado decorativo, una conciencia solipsista. Piensa en el abismo radical entre él mismo y la situación de la que forma parte: las paredes ya húmedas por el vapor, la tenue luz del techo dorando suavemente el espejo, la cortina ensortijada como un animal durmiente plegado sobre sí mismo, y la música muy alta. *Quando sono triste e stanca tu pensi solo per te.* Es un problema de absoluta intraducibilidad.

Pero hay algo – y es lo siguiente en lo que piensa Leonardo- mucho más amenazador. El nivel del agua sigue subiendo y Leonardo no puede moverse para apagar el grifo. Llegado un momento –no puede calcular exactamente cuánto pero no más de unos minutos- desbordará la bañera y, derramándose por el suelo, el agua llegará hasta el radiocasete, enchufado todavía. ¿Será esa la forma en que morirá, repentinamente electrocutado en la bañera? ¿Realmente la potencia del radiocasete es suficiente como para matarlo? Grita de nuevo, una y otra vez. Observa cómo su pecho se hincha de esfuerzo. Pero el cuarto de baño recibe el grito con una inmovilidad irónica: de pronto la habitación adquiere el aspecto de un espacio conscientemente unificado, pensante, perverso, como si fuera todo una trampa que el cuarto de baño mismo, inmensa planta carnívora, le hubiese preparado. ¿Dónde está Juana?

Hacía ya varios años, desde que había obtenido su plaza como profesor asociado en la universidad –siendo la persona más joven en obtenerla en la historia del centro, lo que había provocado algún brindis y poco más- Leonardo había contratado a una empleada doméstica que iba a casa tres veces por semana. Solo coincidían los miércoles, que era el único día que Leonardo tenía la tarde libre. Ella tenía llaves del departamento y normalmente, cuando Leonardo salía de la ducha, se encontraba siempre a Juana fregando el salón, lo que, de una forma u otra, inevitablemente acababa por irritarlo: ¿no era mejor empezar por la cocina, que estaba en el extremo contrario, para no pasar de nuevo por el salón recién fregado? Pero si Juana había mantenido su ilógica costumbre de fregar primero el salón, tendría que estar ahora mismo allí. Juana, a la que casi nunca hablaba, con la que se sonrojaba y tartamudeaba confuso al darle órdenes – sintiéndose extrañamente culpable- y a la que contestaba circunspecto y molesto por la repentina irritación a su habitual “Adiós señor Leonardo”, era la destinataria inverosímil de sus gritos de auxilio. . *Non c’è niente di meglio che stare en silenzo e pensare al meglio…*

Intenta ser racional: ¿hay alguna posibilidad de salvarse? En primer lugar, el golpe que ha sufrido en la nuca no parece tan grave como para dejarlo inmovilizado de cuello para abajo de forma crónica. Es decir, es posible que antes de que el agua desborde la bañera haya recuperado la movilidad. Pero Leonardo no se toma muy en serio esa posibilidad. El hecho de que por primera vez estuviese despojado de su mapa corporal de sentido hace muy difícil concretar lo que siente con precisión. Su miedo es puramente teórico, abstracto. Le gustaría verse reflejado en el espejo, pero está empañado. La habitación, cada vez más espesa y vaporosa: el humo caliente no se desprende del agua sino que parece sudar directamente de las paredes, acrecentando, en la habitación, el aspecto de decorado, de confusa irrealidad. Incluso la música toma en el vapor una extraña densidad. Leonardo imagina el vapor adquiriendo la figura de una mujer, uno de esos sinuosos cuerpos femeninos de curvas exageradas, bailando al ritmo de la música, burlándose de él: *tu mi fai girar, tu mi fai girar, come fossi una bambola.* Va a morir así. La espuma sepultará su rostro aterrado, formando un círculo, como un nenúfar enfermo en la superficie del agua. *Non ragazzo no del mio amore non ridere.* Incluso las burbujas estallan al ritmo de la música: todo es armonía, un conjunto articulado del que solo su conciencia está excluida, como si fuese un capricho contranatural que su cuerpo pensase.

Es humillante. Más que injusto, que también, es humillante. Más bien: es injusto porque, en primer lugar, es humillante. El proceso de muerte lenta es un suplemento innecesario. No solo está muriendo sino que, al hacerlo, está siendo terriblemente humillado. Pero lo peor, lo que hace humillante la propia humillación, es la absoluta soledad en la que ocurre: él es el único espectador. Las humillaciones siempre son públicas, consisten en poner a alguien en evidencia frente a otros. A su espectáculo, sin embargo, no ha asistido nadie. Es una crónica vacía. Una fiesta lamentable. Porque todo tiene el aire de una mediocre y perversa celebración. Las muertes cierran etapas – él como historiador es lo que mejor sabe - y sellan figuras en la posteridad. ¿Qué iba a quedar de él? Ni siquiera ha podido preparar su despedida. Las cosas que ha dejado en la habitación: ni siquiera un manuscrito, una nota críptica e interpretable encima de la cama. Solo ropa tirada. Pero Juana la ordenará. No un libro subrayado, un elemento significativo. Nada que diera razón de esto. Sí, va a morir así: en doméstica arbitrariedad.

El agua sube. Chorrea, persistente, por la boca mitológica del grifo, ocupando lentamente el volumen de la bañera. Parece incluso inflamarse. La canción resuena estrepitosa. Leonardo sumerge un segundo la cabeza en el agua: con qué impúdica obscenidad transmite el agua los sonidos. Escuchar la canción dentro del agua es como hacerlo desde el interior de la propia boca del cantante: una cavidad viscosa, donde el sonido se vuelve grave, retumba en un aire ingrávido y cóncavo. Grita varias veces más, para constatar de nuevo su impotencia. Recuerda el gesto airado de su sobrino pequeño cuando, jugando con él, frente a la lámpara, a proyectar sombras en la pared, el pobre no entendía por qué las muecas grotescas con las que, curioso y excitado, se enfrentaba a las figuras, no quedaban también, como los gestos, proyectadas sobre la superficie blanca. Le costaba entender el mecanismo. Cómo las sombras eran forma y no contenido. *Cos’è la vita senza l’amore è solo un albero che foglie non ha più.*

Piensa en aquella vez en la que, leyendo un libro en casa – desde hacía tiempo solo leía libros directa o indirectamente vinculados a su especialidad- se había encontrado algo gracioso y, de pronto, se descubrió a sí mismo riéndose en alto. Fue una risa minúscula, casi un bufido, pero el sonido en mitad del silencio del despacho le había sorprendido. Se había impuesto sobre él el aspecto exterior de la escena: leyendo un libro académico y riendo en completa soledad. Le había envuelto, durante un momento, una sensación confusa de mezquindad, de bajeza, como si su risa fuese la de un loco complacido en soledad con la brutalidad de su crimen. Lo mezquino era, en realidad, la intrínseca publicidad del gesto, y lo perverso de expresarlo sin que fuese dirigido a nadie. Ahora la situación es similar. Se ha preparado una compleja escenografía de la que él es a la vez protagonista y único espectador. *Tutta la vita gira infinita senza un perché.* Es absurdo que esto no lo esté viendo nadie. Invoca a Dios, en quien no cree, al menos en calidad de testigo.

El día en que Leonardo presentaba la tesis resbaló por las escaleras mecánicas del metro. Llevaba varios libros en la mano porque no cabían más en el maletín, y al entrar en las escaleras para bajar, trastabilló y cayó de frente. Los libros se derramaron, insolentes, hasta el final de las escaleras. Él quedó tendido boca abajo, transportado lentamente por las escaleras, como una maleta en una cinta de transporte o una pieza en la cadena de montaje. A su alrededor, la poca gente que acudió alarmada a socorrerlo. Todo transcurrió en segundos. Llegó al tribunal de tesis con una pequeña herida en la frente y arañazos en la camisa nueva. La pasividad con la que su cuerpo, inanimado por segundos, se dejaba transportar por la cinta mecánica: estaba a punto de morir y es en eso en lo que Leonardo piensa. Dicen que en momentos de peligro como éste toda la vida se recrea como una rápida pero ordenada narración lineal. Pero Leonardo es incapaz de pensar en su vida de forma coherente. Intenta evocar un recuerdo de su infancia, y no ve absolutamente nada. Parece que su memoria, como su cuerpo, también se había emancipado de él, y proyecta recuerdos sin criterio, de forma caprichosa, en una esquizofrénica democracia de imágenes pasadas en la que todas tienen el mismo valor, con independencia del que *una vez tuvieron*. Cuando llegan las imágenes quiere asirlas, retenerlas, conservarlas, pero aparecen para marcharse: se materializan en una despedida, como si sus recuerdos, ante la conciencia del desastre inminente, estuvieran evacuando su memoria de forma desordenada, en una conga esperpéntica animada por el ritmo de la música. *Ah ah ah a far l’amore comincia tu.*

Los ojos de Mei Ling; la luz asomando en la línea de una ventana cerrada: detrás hay algo pero hay que atreverse a abrirlo. Mei Ling y él se habían mirado mucho en aquel congreso. Podría decirse que habían conectado. Sus manos parecían suaves aunque no había llegado a acariciarlas. La recordaba con una copa de vino. Estaba seria, no era pródiga en sonrisas ni comentarios informales. Leonardo nunca había disfrutado tanto del sexo como con ella, aunque no es capaz de evocarlo con claridad: solo una intensa sensación de placer deslocalizado, incapaz de materializarse en su cuerpo. Su mirada es lo que recuerda mejor, antes de que también se fugue como un relámpago repentino. Intenta pensar de nuevo en el placer, pero no puede: igual que su miedo es sencillamente abstracto, como pensar en el *placer de otro*.

Él mismo, Leonardo, es una teoría, una hipótesis. Tiene que postularse a sí mismo para comprender algo: realmente estoy aquí, realmente hay *algo* que va a morir. Porque no tiene cuerpo y no tiene voz. *Scoppia scoppia mi scoppia il cuor.* Sobre las capas blancas y aromáticas de espuma sobresale todavía su vientre y pequeños claros, islas de pecho. Contempla la hinchazón frenética de su tronco al respirar. Así sabe que está nervioso. Sube y baja, palpitante, como si estuviera bombeando el agua. Pronto desaparecerá, como desaparecen los imperios, las montañas, los antiguos continentes. Se hundirá en ese minúsculo océano químico esperando el terremoto eléctrico que lo abrasará. De alguna forma él está conectado a esa bolsa de piel. Depende de ella. Pero la ve como el intrépido cree poder contemplar una catástrofe sin verse involucrado en ella. Fijar la vista en su pecho es temerario. Mira hacia el techo: ¿será esa su última visión? Hay manchas de humedad que ya no puede ver claramente por la cantidad de vapor que puebla el cuarto. Sopla, y su aliento interactúa suavemente con el vapor. El movimiento de lo que no es sólido es seductor, piensa. *Cerco un centro di gravitá permanente que non mi faccia mai cambiare.* El agua caliente le llega ya por encima de los hombros. Mira la línea de champús, colocados militarmente junto a sus pies enterrados por la espuma. Todos puestos en línea, en simpática asimetría: unos altos y negros, otros transparentes, regorditos, coloridos, bajitos, excéntricos, reflexivos, alocados, como un curso escolar con un montón de niños revoltosos posando caóticamente para la foto del anuario. El vapor empequeñece el baño. Las líneas de azulejos blancos oscilan y se vuelven flexibles. Las paredes se derriten. El espejo está ya completamente empañado. La luz se inyecta al vapor: el propio humo parece brillante de por sí. Es todo una misma cosa: música, vapor, luz, espuma, en confusión sinestésica. *Nessuno mi può giudicare, nemmeno tu.* Asiste a un proceso amenazador: su pecho se hunde por completo bajo el agua. Se hincha por última vez, como una ballena moribunda, y queda cubierto de espuma. Ya puede ver su cuerpo. Respira, pero no sabe a dónde se dirige su respiración. Él mismo es vapor. Algo informe, esperando concretarse. Parte de un aire cargado, lleno de alientos. Un oxígeno compartido y ensuciado por mil suspiros, soplidos, jadeos, orgasmos, exhalaciones e inspiraciones nerviosas. Los planetas gaseosos están esperando la historia, su extensión. Él es pura intensión ausente. *Dovresti pensare a me e stare piè attento a te.*

Un estudiante en su despacho. Se llamaba Carlo. Su aspecto: moreno, lampiño, atlético. Un joven repentinamente serio. Le exponía una serie de dudas sobre la última clase, pero Leonardo solo veía la firmeza de su nariz, el leve cuadrado de su mandíbula, el cuerpo hinchado, su pelo negro brillante, los labios finos sobre los dientes, manos fuertes pero suaves. Una inocencia erótica. Pero sus ojos se encontraron: Carlo había callado hacía tiempo. Había visto su mirada. En sus ojos se leía el desconcierto, en su piel se constataba el rubor. Tartamudeaba. Se marchó del despacho poniendo una excusa. Fuera, a través del cristal, estallaba un crepúsculo fino, consolador, condescendiente. Leonardo vio se ponía en marcha el mecanismo cromático de las nubes y los haces de luz. Coágulos rojos, moratones, heridas. Carne viva como los cerezos en flor. Ahora, a través del ventanuco del baño, ya no se ve nada. No puede ni escuchar la lluvia. Solo un rectángulo negro, como una prohibición. *La verità me fa male lo so.* Leonardo está reducido, al revés que un anacoreta oriental, a pura receptividad, entregado brutalmente a sus sentidos, tentando con violencia a disolverse en ellos, en el vapor oscilante, en la música, en el aroma afrutado que le recuerda la causa nimia de su desgracia. Intenta refugiarse en cualquier espacio interior, pero no tiene. Es incapaz de desprenderse de su inmediatez sensorial. Lo demás ha huído. ¡Pero tampoco tiene cuerpo! ¡Lo único que podía poseer está mutilado! *La verità me fa male lo so.*

Humedad en sus mejillas. Está llorando. No puede rendirse. No puede morir así. Mira hacia la puerta y distingue una franja horizontal de luz por debajo de la puerta. ¡Juana está en el pasillo, justo detrás de la puerta! *Ognuno ha il diritto di vivere come può.* Se prepara para gritar de nuevo. ¡Juana!¡Juana!¡Juana! Grita tres veces, como invocando. Moviliza toda su energía, que no sabe de dónde procede. ¡Juana! ¡Tienes que escucharme, Juana! La franja de luz entre el vapor persiste. Es su única esperanza. ¡Juana! Todo se juega en esa maldita palabra. *La veritá te fa male lo so.* Juana tiene que estar ahí. El agua sube, ya casi lo ocupa todo, pero Juana está ahí, detrás de la puerta. Esa franja de luz es su única conexión con la realidad. Leonardo es capaz de escuchar sus propios gritos, entrecortados por el llanto. Son auténticos gritos de pánico. Son sonidos que Leonardo no ha escuchado nunca. Está solo, completamente desnudo, flotando en agua caliente, chillando como un recién nacido. Va a morir de la misma forma en que nació: entre un útero acuoso y caliente y un exterior vaporoso. Está atrapado, inmóvil, en una bañera intrauterina. Su madre se llamaba Brigitte. Había muerto cuando él tenía diez años. Lo sacaron del colegio para decírselo un viernes por la mañana. Quiere ver a Brigitte entre el vapor, pero no puede. Se queda gritando, mirando la franja de luz.

Hasta que se apaga, como si Brigitte hubiera muerto de nuevo. Se nota ya disolviéndose, como esas cosas que en verano vuelan en el aire a contraluz y nadie sabe muy bien lo que son.

Leonardo no había fracasado nunca pero tampoco podía legitimar ahora mismo su vida con algún triunfo concreto. No hay nada de lo que esté especialmente orgulloso. Se había dedicado a estudiar, entregado a su especialización. Había conseguido su plaza. Así podía autoresumirse: nada más, pero tampoco nada menos. Pero hay en esa ausencia inercial de grandes triunfos y grandes fracasos, en esa austera pretensión de normalidad, algo terriblemente doloroso que Leonardo no consigue formular. Sabe que *tiene que* tenerlo claro, pero no sabía *cómo* tenerlo claro. Básicamente, Leonardo piensa que le faltaba dignidad. En esta situación final hay algo profundamente indigno. El agua le tapa su boca. Aprieta los labios pero aún así siente el regusto chirriante de la espuma, en contraste con el agradable olor intenso que desprende. Pero claro: sólo él puede saborearlo; el aspecto exterior, oficial, es de pura y horrorosa cordialidad.

Inclina la cabeza hacia atrás, estirando el cuello, para ganar tiempo. Trozos grandes de espuma, nubes enloquecidas por una ventolera, desbordan ya la bañera. Su aliento abre grietas, túneles espumosos, rápidamente rellenados. Piensa que la espuma se parece al fuego, pero no supo exactamente en qué. *E tutto viene dal niente e niente rimane senza di te.* Ya no puede ver siquiera el chorro del grifo. Ya puede ver el agua.

Hay poco que hacer más que esperar. Así que hace lo que había venido a hacer: *escuchar la música*. Es la música de su adolescencia, la música de Carmela. Imagina también a Juana bailando detrás de la puerta. Agarrando la escoba como si fuese un micrófono. Imagina a sus alumnos, los primeros que tuvo, mover rítmicamente las cabezas, mirándole, todos al ritmo de la música, a un lado y luego al otro. Él da clase y ellos bailan, levantan los brazos, giran sobre sí mismos. Juana mueve las caderas de forma asombrosa. Surge también una coreografía de esclavos cirenaicos, mauritanos, tracios, dálmatas, armenios, capadocios, cartagineses. El chachachá delirante de una fiesta patricia. El agua cubre sus ojos y su nariz. Aguanta la respiración. Abre los ojos y no ve más que magma luminoso. Piensa en el charco de agua avanzando hacia el radiocasete, pero no quiere que la música se interrumpa. Ahora que va a morir, sin cuerpo y sin público, Leonardo quiere bailar.